

melancolía. ¡Ah, Dios mío! ¡qué comida! ¡Hasta el temporal se había conjurado para que faltasen aquel día los mariscos!

La señora Chanteau, que comía muy poco, miraba á su marido con lástima.

—Mi pobre amigo—exclamó de pronto—me causas pena..... Yo tenía dispuesto un obsequio para mañana, pero ya que esta noche tienes excelente apetito.....

Volvió á tomar el saco y extrajo de él una terrina de *foie gras*.

Los ojos de Chanteau se animaron. *¡Foie gras!* ¡El fruto prohibido! ¡Una golosina adorada que el médico le había vedado absolutamente!

—Pero te advierto—continuó su mujer—que sólo te permitiré una rebanadita..... Sé razonable, ó no lo vuelves á probar.

Él cogió la terrina, y sirvióse con trémulas manos. Con frecuencia se libraban terribles combates entre su miedo á los accesos y la violencia de su glotonería, y casi siempre esta última triunfaba. ¡Tanto peor! Si el *foie gras* era demasiado succulento, él lo pagaría caro y sufriría.

Verónica, que vió á Chanteau cortar una buena tajada, volvióse á la cocina murmurando:

—¡Bueno, bueno! ¡Lo que el señor gritará!

Esta frase venía tan naturalmente á sus labios, que los amos habían acabado por tolerarla; el señor gritaba, en efecto, cuando le acometía una crisis, y de tal manera aquella frase era simple, que nadie pensaba en recordar á la muchacha el respeto debido á sus amos.

El fin de la comida fué muy alegre: Lázaro quitó la terrina de las manos de su padre, y cuando se sirvieron los postres, queso de Pont-l'Évêque y pastas, la mayor alegría fué motivada por la brusca presentación del perro Mateo: hasta entonces el animal había estado durmiendo bajo la mesa, pero la llegada de los bizcochos le despertó, como si los hubiese olfateado aun en su sueño.

Todas las noches, en aquel preciso momento, se sacudía y giraba una visita alrededor de la mesa acechando los sentimientos en el rostro de las personas, y Lázaro era, por regla general, el que más pronto se compadecía de Mateo.

Mas aquella noche el inteligente perro, al dar la vuelta por la mesa, miró fijamente á Paulina con ojos suplicantes, y adivinando al punto en ella una grande amiga de las gentes y de los perros, apoyó su enorme cabeza en las rodillas de la niña, sin de-

jar de dirigir á ésta miradas llenas de súplica.

—¡Eh, mendigo!—exclamó la señora Chanteau.—Más dulcemente, Mateo; ¿quieres no volver á tirarte con tanta fuerza sobre las golosinas?

El perro, con un solo bocado, habíase engullido un buen trozo de bizcocho que Paulina le alargaba, y volviendo á poner su cabeza sobre las rodillas de la niña, pedía otro bizcocho con la mirada fija en la de su nueva amiga.

Ella reía, le besaba, parecíale bien gallardo con sus orejas caídas y un lunar negro sobre el ojo izquierdo, la única mancha que tenía su piel blanca de largos pelos ensortijados.

Pero entonces hubo un incidente: la Minucha, celosa, acababa de saltar sobre la mesa, y con suave arrullo y la gracia de un cervatillo, daba con su cabeza en la barba de la niña, que tal era su modo de acariciar, al contacto de su nariz fría y al roce de sus puntiagudos dientes, al par que se alzaba sobre sus patas.

Y Paulina estaba encantada entre las dos bestias, el perro á la derecha y la gata á la izquierda, inundada de su aliento, explotada indignamente por ellas, hasta que hubo de repartirles todo su postre.

—Échalos—dijo su tía—porque no te dejarán nada.

—Pues ya lo han hecho—respondió ella con la mayor sencillez.—¿Y qué importa eso?

Terminó la comida. Verónica quitaba los cubiertos y el mantel, y los dos animales, en viendo la mesa limpia, se marcharon en silencio y relamiéndose por última vez.

Paulina se había levantado, y de pie delante de la ventana, procuraba ver á través de la noche: desde la sopa miraba cómo se oscurecía aquella ventana, quedándose poco á poco semejante á una gran mancha de tinta; y á la sazón aparecía, cual muralla impenetrable, mole inmensa de tinieblas que todo lo envolvían, el cielo, el agua, la aldea, hasta el campanario de la iglesia.

Sin afectarse con las pesadas bromas de su primo, atormentábala el deseo, de saber hasta dónde había de subir el agua, y no escuchaba sino el fragor horrisono del mar cada vez más rugiente, una voz alta, monstruosa, enorme, cuya amenaza crecía por instantes en medio de los rugidos del huracán y el monótono golpear del aguacero.

Ni una luz, ni un relámpago, ni siquiera el pálido fulgor de la espuma rompía aquel caos de sombras:

nada más se veía que la carrera desenfundada de las aguas del Océano azotadas por la sañuda tempestad.

—¡Diablo!—dijo Chanteau.—Parece que viene derecha..... y todavía le faltan dos horas de subir.....

—Si soplaste el viento Norte—añadió Lázaro—creo que Bonneville no debía estar muy tranquilo. Afortunadamente, viene de través.....

La muchacha se volvió al oír esas observaciones, y fijó la mirada de sus grandes ojos negros en los dos hombres, llena de inquietud.

—¡Bah!—replicó la señora Chanteau.—Estamos en lugar seguro, y lo mejor será dejar que cada uno se las arregle allá abajo como pueda..... Dí, pequeña mía, ¿quieres una taza de té bien caliente, para irnos en seguida á la cama?

Verónica había extendido sobre la mesa, ya desocupada, un viejo tapete rojo y con grandes flores estampadas, en torno del cual pasaba las veladas aquella familia; y cuando todos se colocaron en el sitio de costumbre, Lázaro salió un momento, y volvió á entrar con un tintero, plumas y un legajo de papeles, instalándose bajo la lámpara, en plena luz, para dedicarse á copiar música.

Mas la señora Chanteau, cuyas miradas más dulces seguían á su hijo desde que hubo regresado, se puso de repente muy incomodada.

—¿Todavía con tu música? De manera que jamás puedes darnos un rato de conversación, ni aun en el día de mi regreso.....

—Pero, mamá, no me retiro, sino que permanezco á tu lado..... Ya sabes que este trabajo no me impide hablar contigo. ¡Vamos! Dime lo que quieras, y te contestaré.

Y se puso á copiar, llenando con sus papeles la mitad de la mesa.

Chanteau se había arrellanado voluptuosamente en su sitial, con los brazos caídos con abandono; Mateo dormía delante del fuego de la chimenea; Minucha, que de un brinco se puso sobre el tapete, hacíase en aquel momento general limpieza, levantando una pata y lamiéndose con precaución los pelos del vientre.

Bien pronto Paulina, que sonreía con ojos medio cerrados á su nueva familia, no pudo resistir al sueño, rendida por el cansancio y amodorrada por el calor: dejó caer la cabeza sobre el hueco de su brazo doblado; bajo la claridad serena de la lámpara, sus finas pestañas eran como un velo de seda exten-

dido para tapar su mirada; un débil aliento, regular y suave, se exhalaba de sus puros labios.

—¡Pobrecita!—dijo la señora Chanteau. —Ya no podía tenerse..... La despertaremos cuando traigan la taza de te, y la acostaremos hasta mañana.....

Reinó desde entonces silencio; sólo se oía, entre el fragor de la tormenta, la pluma de Lázaro; había allí la paz de la familia, la somnolencia de las antiguas costumbres, la vida rutinaria de todas las noches alrededor de la lámpara.

Durante largo tiempo, el padre y la madre se miraron sin hablarse, y por último Chanteau preguntó con alguna vacilación:

—¿Y en Caen, Davoine tendrá un buen inventario, eh?

La señora Chanteau alzó súbitamente los hombros.

—¡Sí, sí, señor! Un buen inventario..... ¡Cuando yo decía que te dejases meter adentro!

Ahora que la niña dormía era posible hablar, y hablaban en voz baja, porque no querían comunicarse las noticias sino muy á la ligera por entonces; pero la pasión los arrebatava, y poco á poco salieron á luz todos los disgustos recíprocos del matrimonio,

A la muerte de su padre, el antiguo carpintero

que negociaba con maderas del Norte, dando golpes audaces de una cabeza ligera, Chanteau había encontrado la casa muy comprometida, y poco activo, de rutinaria prudencia, se había contentado con salvar la situación en fuerza de buen orden, y con especular honradamente sobre seguros beneficios.

La única novela de su vida fué su matrimonio: casóse con una institutriz que conoció en casa de cierta familia amiga, Eugenia de la Viguière, huérfana de nobles arruinados de Cotentin, quien se propuso desde luego inspirarle su propia ambición; pero él, que había sido educado defectuosamente, retrocedía delante de vastas empresas, y oponía la inercia de su naturaleza á la voluntad dominante de su mujer.

Cuando tuvieron un hijo, ella colocó sobre aquel hijo sus esperanzas de gran fortuna, le puso en un colegio, le hizo trabajar asiduamente todas las noches; pero un gran desastre debía desbaratar sus cálculos: Chanteau, que desde la edad de cuarenta años estaba atacado de gota, acabó por tener accesos tan dolorosos, que llegó á hablar de vender la casa.

Esto era más que la medianía; era querer comerse paulatinamente lo que hubieran economizado, dejando á su hijo sin el sostén de los primeros veinti-

cinco mil francos de renta que ella soñaba para él.

Entonces la señora Chanteau quiso ocuparse en el negocio de la venta: los beneficios de la casa eran unos diez mil francos, con los que el matrimonio vivía con holgura; mas ella descubrió un señor Davoine, y forjó la combinación siguiente: Davoine compraba el comercio de maderas en cien mil francos, de los que sólo entregaría la mitad, quedando la otra mitad para que los Chanteau fueran sus asociados y participasen por igual de los beneficios de la casa.

Este Davoine parecía ser hombre de clara inteligencia, y aun suponiendo que no hiciese prosperar al comercio, resultaba siempre una renta segura de cinco mil francos, que unidos á los tres mil que podía producir aquella otra mitad recibida, bien colocados sobre hipotecas, constituían un lindo total de ocho mil francos de renta anual.

Esto era bastante para tener paciencia y esperar á los éxitos del hijo, el cual debía sacarlos de su oscura medianía....

Así se arreglaron las cosas: Chanteau había comprado, dos años antes, una casita á orillas del mar, en Bonneville, aprovechando la ocasión de embargar á un cliente arruinado, y aunque pudo volver á venderla con ganancia, la señora Chanteau decidió re-

tirarse á vivir en dicha casa, por lo menos hasta los primeros triunfos de su hijo Lázaro.

Renunciar á sus *soirées* de Caen y meterse en un agujero perdido en la costa, era para ella como un suicidio; pero vendiendo el comercio á Davoine, y además la casa, habría tenido que alquilar otra en cualquier parte, y tuvo suficiente valor para llevar á cabo el sacrificio de encerrarse en Bonneville, con la tenaz idea de regresar más tarde y triunfalmente á Caen, cuando su hijo ocupase allí una gran posición.

Chanteau lo aprobaba todo.

Cuanto á su gota, que se contentase con acomodarse á la vecindad del mar, y además, dos médicos, habiendo oído á tres en consulta, habían pronosticado que el aire del campo y del mar le convenían para tonificar poderosamente su estado general.

Por lo tanto, en una bella mañana de Mayo, los Chanteau, dejando en su colegio á Lázaro, que entonces tenía catorce años, partieron de Caen para instalarse definitivamente en Bonneville.

Cinco años habían transcurrido desde aquella heroica retirada, y los negocios iban de mal en peor: como Davoine se lanzaba á grandes especulaciones, decía tener absoluta necesidad de préstamos y anti-

cipos, y comprometía además los beneficios obtenidos, de manera que los inventarios se saldaban siempre con pérdidas....

En Bonneville la familia estaba reducida á vivir con los tres mil francos de renta, y tan angustiosamente, que hubo necesidad de vender el caballo y encargar de la cocina y de la huerta á la hombruna Verónica.

—Veamos, Eugenia—murmuró dulcemente Chanteau—si se me ha dejado dentro, según dices, algo de culpa tienes tú....

Pero ella no aceptaba esa responsabilidad, y aun olvidaba que la asociación con Davoine era obra suya.

—¡Cómo es eso! ¡Yo tengo la culpa!—respondió con voz seca y vibrante.—¿Estoy yo enferma como tú? ¿Y si no estuvieses enfermo, no podríamos ser hoy millonarios?

El buen Chanteau, cada vez que la amargura de su mujer se desbordaba de tal manera, bajaba la cabeza como avergonzado de poseer en sus mismos huesos el enemigo de la familia.

—Es necesario esperar—balbuceaba—porque Davoine prepara un golpe certero. Si el abeto sube, de la noche á la mañana tendremos una fortuna.

—Y después, ¿qué?—interrumpió Lázaro, sin dejar de escribir su música.—Nos comeremos todo de igual modo que hoy.... Hacéis muy mal en incomodaros: yo me burlo del dinero.

Ella alzó otra vez los hombros con fiereza.

—Pues harías mejor en burlarte menos y en no perder el tiempo en tonterías.

¡Y decir que ella misma le había enseñado el piano! Pero hoy, hasta la vista de una *partitura* la exasperaba.

Su última esperanza se hundía: aquel hijo que ella había soñado ver con el bastón de prefecto ó con la toga de juez, sólo hablaba de escribir óperas; y le veía en su imaginación, andando el tiempo, vivir casi de prestado, como ella, dando lecciones de música, y en el fango de las calles.

—En fin—replicó ella—he aquí la cuenta de los tres meses últimos que Davoine me ha entregado.... y si las cosas continúan así, nosotros seremos acreedores de ese hombre antes del próximo Julio....

Y habiendo colocado su saco en la mesa, metió en él una mano y tomó un papel que dió á Chanteau, quien le cogió, le dió una vuelta entre sus manos, y acabó por dejarle delante de él, sin abrir el sobre.

Justamente en aquel momento Verónica entraba con el té, y el silencio volvió á reinar en absoluto: pronto quedaron las tazas vacías; Minucha, que se había echado sobre sus patas, cerraba los ojos suavemente; Mateo, tendido delante de la chimenea, roncaba como un hombre; y mientras tanto el rugido del mar continuaba creciendo, como si un bajo formidable acompañase desde fuera los pacíficos rumores de aquel hogar somnoliento.

—¿Quieres despertarla, mamá?—preguntó Lázaro.—Porque se me figura que no está bien ahí para dormir.....

—Sí, sí—murmuró la señora Chanteau preocupada y mirando fijamente á Paulina.

Los tres, mejor dicho, miraban á la niña adormecida, cuyo aliento era sereno y dulce, y cuyas mejillas y boca de rosa tenían apariencia de encantadores flores á la claridad de la lámpara.

Sólo sus finos cabellos castaños, despeinados por el viento, proyectaban una sombra en la frente delicada de la niña.

Y el espíritu de la señora Chanteau volaba hacia París, y ella misma se asombraba de su apesamiento apasionado en aceptar la tutela, por consideración instintiva, hacia una pupila rica, y sin ningún

mal pensamiento con motivo de la fortuna que debía guardarla.

—Cuando me apeé en la tienda—empezó á contar lentamente—estaba la pobre niña en traje de luto, y se arrojó en mis brazos llorando amargamente. ¡Oh! ¡qué hermosa tienda! Una salchichería llena de mármoles y de espejos, precisamente en el mejor sitio del Mercado..... Y había allí una muchachona, una doméstica más alta que un varal, colorada, fresca, gorda, que había avisado al notario y hecho poner los sellos en las puertas..... y que continuaba tranquilamente en la tienda vendiendo morillas y longaniza..... Era Adela, quien me contó la muerte de nuestro pobre primo Quenu: hacía seis meses que él había perdido su mujer Lisa; la sangre le ahogaba; solía llevarse la mano al cuello, como si quisiera arrancarse la corbata; en fin, una noche se le encontró con el rostro amoratado, la nariz metida en una jofaina de sangre..... Parece que también murió de ese modo su tío Gradelle.

Y calló al punto, volviendo otra vez al silencio, porque el rostro de Paulina dormida se iluminó con una sonrisa, como si algún ensueño pasase por ella rápido cual fulgor de relámpago.

—¿Y se arregló la tutoría?—preguntó Chanteau.

30854

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Perfectamente..... pero tu notario ha tenido la feliz ocurrencia de dejar en blanco el nombre del tutor, porque parece que yo no puedo reemplazarte: las mujeres están excluidas de tales negocios..... Según te he escrito, en el acto de llegar á París corrí á casa del notario, que te había enviado una minuta del testamento, en el que aparecías nombrado tutor; en seguida extendió el acta á nombre de su primer oficial, como se hace con frecuencia, según él me dijo; luego, ante el juez de paz, designó para el consejo de familia á tres parientes de Lisa, los jóvenes primos Octavio Mouret y Claudio Lanter, y otro primo por alianza, el señor Rambaud, que vive en Marsella, y por nuestra parte, á mis sobrinos Naudet, Liardin y Delorme..... ¡Ya ves tú! Un consejo de familia muy conveniente, y del cual haremos lo que se nos antoje..... en beneficio de la niña..... En fin, en la primera sesión nombraron por unanimidad el tutor suplente que yo hube designado entre los parientes de Lisa, al señor Sacard.....

—¡Chist! ¡que se despierta!—interrumpió Lázaro.

Y, en efecto, Paulina acababa de abrir sus hermosos ojos, y sin moverse, miró con asombro á los que hablaban; luego, sonriendo entre el desvanecimiento del sueño, volvió á cerrar los párpados bajo

invencible cansancio, y su inmóvil semblante adquirió otra vez la transparencia nacarada de la camelia.

—¿Ese Sacard, no es el contratista?—dijo Chateau.

—El mismo—respondió su mujer.—¡Un hombre excelente! Le he visto, y hemos hablado.... tiene tantos negocios en su cabeza, que acabó por decirme que no debíamos contar con su concurso..... ¿Comprendes? No tenemos necesidad de nadie: desde el momento en que tomamos á la niña, la tomamos por completo..... ¿Entiendes? ¡No quiero que venga alguno á olfatear en mi casa!..... Y los detalles han sido bien ajustados, porque tu procuración especificaba exactamente lo necesario: se levantaron los sellos, se hizo el inventario y se vendió en pública subasta la salchicheria. ¡Qué suerte! ¡dos postores rabiosos! ¡noventa mil francos pagados al contado!..... Y además, el notario había hallado en un cajón de una cómoda sesenta mil francos..... Yo le rogué que comprase títulos de la Deuda, y aquí traigo ciento cincuenta mil francos en buenos valores, después de haber entregado al oficial mayor del notario el recibo del dinero que te pedí con urgencia..... ¡Toma, toma! ¡Mira esto!

Y metió la mano en el saco, extrayendo un voluminoso paquete, el paquete de los títulos de la Deuda, apretados entre dos carpetas de un viejo registro de la salchichería, del cual habían arrancado las hojas.

El padre y el hijo miraban aquella fortuna que caía de golpe sobre el raído tapete de la mesa.

—El té se enfría, mamá—dijo Lázaro, dejando la pluma.—Lo sirvo, ¿no es verdad?

Y se levantó, porque sentía necesidad de moverse, y llenó las tazas; pero su madre no le contestaba, mirando con fijeza los títulos.

—Naturalmente—añadió ella con voz lenta—en la última reunión del consejo de familia, que yo misma provoqué, pedi ser indemnizada de mis gastos de viaje, y se reguló la pensión mensual de la niña en ochocientos francos.... No somos tan ricos como ella, aunque ninguno de nosotros querrá negociar con esta pequeña.... Se colocará el capital á interés compuesto, y se duplicará, ó poco menos, para cuando Paulina llegue á su mayoría de edad, ¡Jesús! ¡No haremos sino cumplir un deber sagrado! Es necesario obedecer á los nuestros... Pero si agregamos ahí nuestro propio dinero, tal vez tendremos buena suerte, que es lo que necesitamos.... ¡Esta

pobre querida ha sentido tanto la separación de su criada! No, no; yo quiero que sea feliz á nuestro lado.

Los dos hombres se habían conmovido por aquel repentino enternecimiento.

—En verdad, que no seré yo quien la cause el menor perjuicio—dijo Chanteau.

—¡Oh! ¡es encantadora!—añadió Lázaro.—Yo la quiero ya mucho.

Y Mateo, que había olfateado el té en medio de su sueño, levantóse y colocó otra vez su cabeza en el borde de la mesa, mientras Minucha se estiraba y luego se encogía bostezando, y acababa por alargar el cuello y oler el paquete de los títulos, cuyas carpetas estaban manchadas de grasa.

Y como los Chanteau fijasen entonces las miradas en Paulina, observaron que la niña tenía los ojos abiertos, clavada la vista en aquellos papeles, en aquel viejo registro destrozado, que ella reconoció al punto y veía en la mesa.

—¡Oh! ya sabe lo que hay dentro de esos cartones—dijo la señora Chanteau.—¿Verdad, querida mía? Te lo enseñé en París; es lo que tus padres te han legado.

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de Paulina al recordar sus pesares; mas sonreía en

medio de su llanto, y se divertía observando que Minucha, sin duda excitada por el olorillo de la grasa, daba con su cabeza en los ángulos del paquete, y que Mateo, devorando los papeles con sus ojos de fuego, aullaba contra la gata.

Toda la familia se había despertado, y Paulina acabó por coger en sus brazos á Minucha, y mecerla y acariciarla como si la gata fuese una muñeca.

La señora Chanteau, con el cuidado de que la niña no se volviera á dormir, hízola beber el té apresuradamente, y luego llamó á Verónica.

—Danos las palmatorias... Si se empieza á hablar, se deja pasar la hora de acostarse. ¿Ya son las diez? ¡qué hora para mí, que me duermo con el bocado en la boca.

Y á tal razón, oyóse en la cocina una voz de hombre, por lo cual se preguntó á Verónica cuando ésta llevó las palmatorias:

—¿Con quién hablabas?

—Señora, es Prouane, que viene á decir al señor que la marea continúa subiendo y devastándolo todo....

Chanteau era alcalde de Bonneville, y Prouane, un borracho que servía de sacristán al párroco Houteur, ejercía también las funciones de alguacil, des-

pués de haber sido marino y poseer tan buena letra como un maestro de escuela.

Cuando se le dió permiso para entrar, apareció con su gorro de lana entre las manos y su saco y botas chorreando agua.

—¿Qué ocurre, Prouane?

—¡Caramba, señor! es que la casa de los Cuche está ya inundada.... y si esto continúa, parece que pronto sucederá lo mismo con la de los Gouin.... Allí estábamos todos, Tourmal, Houtelard, yo y los otros.... pero ¿qué habíamos de hacer? ¡No se puede nada contra esa *bribona*!.... Y dicho está que en cada año nos arranca un pedazo del país.

Hubo algunos momentos de silencio.

Las cuatro bujías ardían con alta llama, y se oía el rugido del mar, la *bribona* que azotaba las costas.

En aquella hora la marea estaba en su plenitud inmensa, y cada ola, cuando se estrellaba en la tierra peñascosa, conmovía la casa hasta los cimientos; oíanse como detonaciones de una artillería colossal, gigantesca, golpes secos, profundos y regulares; oíase también, semejando continuas descargas de fusilería, el choque de las piedras que se desgajaban de los peñascos y bajaban rodando hasta el Océano rugiente; y en medio de aquel ruido es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pantoso, el viento bramaba como si exhalase quejas, y la lluvia duplicaba su violencia como si cayese en los muros del edificio una granizada de plomo.

—¡Esto es el fin del mundo!— murmuró la señora Chanteau.—¿Y dónde van á refugiarse los Cuche?

—Pues será necesario que se les acoja en cualquier parte—respondió Prouane.—Por ahora están en casa de los Gouin..... ¡Si hubieseis visto eso! El más pequeñuelo, que apenas tiene tres años, empapado como una sopa; la madre en camisa, y casi al aire todo lo que Dios la ha dado, salvo el respeto; el padre, con la cabeza abierta por una viga que le cayó encima, empeñado en querer salvar los cuatro guñapos que poseía en la casa.....

Paulina, que se había levantado, colocándose otra vez cerca de la ventana, escuchaba con la gravedad de una persona mayor: su rostro expresó entonces una bondad encantadora, como una fiebre de simpatía, y sus gruesos labios se estremecieron.

—¡Oh, tía mía!—exclamó—¡pobres gentes!

Y sus miradas se dirigían afuera, á aquel golfo negro en que las tinieblas eran cada vez más espesas; adivinábase que el mar había avanzado hasta la carretera, que galopaba más hacia la casa, que estaba

allí hinchado y amenazador, y no se le veía, como si la aldea, los peñascos de la costa, el horizonte inmenso estuviesen rodeados de oleaje de negra tinta.

¡Y decir que aquellas moles de agua, aquel mar que había parecido tan bello á Paulina, se arrojaba con furia sin igual sobre la tierra!

—¡Voy con vos, Prouane—dijo Lázaro—porque tal vez aún es tiempo de hacer algo.....

—¡Oh, sí, sí, primo mío!—gritó Paulina, cuyos grandes ojos brillaban.

Pero el hombre movió la cabeza, y dijo:

—No os toméis la pena de molestaros, señor Lázaro: vos no haríais allí más que han hecho mis camaradas. Nosotros estábamos allí contemplándola cómo viene á tragarse las casas..... y si no quiere venir, mejor, todavía tendremos que agradecersele. Yo he venido aquí sencillamente para informar al señor alcalde.....

Entonces Chanteau se incomodó, cansado ya de aquel drama que llegaba á tiempo de hacerle pasar mala noche, y en el cual se ocuparía á la mañana siguiente.

—¡Es que—gritó—no hay un pueblo tan estúpida-mente construido como Bonneville! Aquí vivís bajo las olas ¡palabra de honor!, y no debéis extrañar que